

de toda presión sobre el concilio. En una especie de memoria manuscrita que redactó más adelante para justificar sus actos ministeriales resumió la instrucción de 20 de febrero en los siguientes términos: «Mi despacho podía traducirse así: deliberad con toda libertad, pero escuchadnos.» ¿Escucharía la curia romana? Según parece, el propósito fué proseguir los trabajos del concilio sin preocuparse gran cosa de la autoridad secular. A principios de marzo intercalóse en el *schema de Ecclesia* un nuevo capítulo relativo á la infalibilidad. «La redacción propuesta al concilio, escribía el marqués de Banneville, contiene, en sentir de los jueces más competentes, la afirmación de la doctrina de la infalibilidad en el sentido más absoluto (1).» ¿Debía considerarse esta moción como una especie de reto dirigido á Francia? El cardenal Antonelli, interrogado por el señor de Banneville, rechazó con gran energía semejante intención, diciendo que no había en ello más que una simple coincidencia y que el concilio había seguido el orden normal de sus trabajos. Sin embargo, como la comunicación del 20 de febrero no había obtenido respuesta, el Sr. Daru estimó conveniente hacer una nueva exposición de sus deseos, y al efecto redactó en 10 de marzo un segundo despacho, en el que ante todo se desmentía un rumor propalado por los periódicos, los cuales atribuían al gobierno el proyecto de hacer presión sobre la Santa Sede con la amenaza de retirar el cuerpo de ocupación. El Sr. Daru protestaba muy noblemente contra tal propósito: «No hay, decía, ni habrá jamás en nuestras palabras ó en nuestros actos ni amenazas ni menoscabo á la dignidad del concilio.» Después de lo cual reproducía el ministro los argumentos desarrollados tres semanas antes. Recordaba que el artículo 16 del Concordato confería al jefe del Estado francés todos los derechos que en otro tiempo habían pertenecido á los reyes de Francia, y que el derecho de tener representación en los concilios había sido siempre reconocido en provecho de los príncipes en tiempo de la antigua monarquía. Con este razonamiento el Sr. Daru parecía querer preparar á la Curia romana para recibir un embajador especial; pero también esta vez dejaba traslucir sus deseos más bien que los formulaba expresamente. Desautorizaba luego toda intromisión celosa y se limitaba á pedir que el gobierno francés fuese llamado al concilio como *testigo* y pudiese, en calidad de tal, informar á los miembros de la asamblea acerca de los sentimientos de la sociedad laica: todo lo que deseamos, decía, es que «se nos escuche sobre asuntos que afectan al orden político y civil y que mañana pueden ser materia de una enseñanza profesada y extendida por todas partes (2).»

Cuando este despacho llegaba á Roma, una gran desgracia hirió á la Iglesia y á Francia: el 13 de marzo se supo que acababa de morir Montalembert. Desde hacía muchos años luchaba éste contra un mal incurable; pero su alma dominaba el sufrimiento, y atento á utilizar los más cortos intervalos de sus crisis, no cedía al dolor físico nada de lo que podía arrebatarse. Amenazado de muerte constantemente, leía, hablaba y meditaba con entera libertad de espíritu, y por un milagro de energía,

(1) *Dépêche du marquis de Banneville au comte Daru*, 9 de marzo de 1870.

(2) Correspondencia inédita del conde Daru.

de serenidad sobre su propia suerte y de amor por su patria y por su Iglesia, seguía con el mismo interés apasionado todo aquello que tenía la certeza de abandonar muy pronto. La víspera del día supremo, recibió, como de costumbre, medio acostado en un sofá á los que fueron á visitarle á su casa de la calle del Bac, y con su habitual elocuencia habló del concilio, de la religión, de Francia. No parecía estar más grave que de ordinario, y como el peligro era de cada momento, la misma duración de la dolencia había amortiguado la inquietud; sin embargo, á uno de los amigos que de él se despidieron por la noche parecióle que su mano estaba más fría que los otros días, como helada. No obstante, Montalembert todavía escribió dos cartas y leyó largo rato, pues la lectura había sido siempre la pasión de aquel espíritu curioso é investigador. Pasó la noche con la monotonía de todas, con alternativas de dolor y de sueño agitado, y al despertarse pareció algo más animado. Era un domingo; el enfermo tomó su devocionario y la oración que empezó ya no debía terminarla en la tierra; de pronto, llevóse las manos al pecho exclamando: «¡Dios mío, Dios mío!» Luego perdió el conocimiento y media hora después todo había concluido.

Desde la calle del Bac la noticia se extendió por el barrio de San Germán y después por todo París, causando profunda emoción, no en las masas (pues Montalembert nunca había sido popular), sino en todos los que se interesaban por las ideas. La impresión fué mayor á causa del momento en que aquel grande hombre desaparecía: las discusiones del concilio habían llegado á su punto más agudo, y como Montalembert, aun estando tan cerca de la muerte, superaba en ardor á los más jóvenes, pareció que caía en pleno combate. El entierro se celebró el 16 de marzo y á él asistieron todos los secuaces de Montalembert, así los religiosos, para los cuales había reclamado el derecho común en la patria, como los miembros de las antiguas asambleas, con los que había reivindicado la libertad, como los pobres, en quienes había honrado la imagen de Jesucristo. Montalembert había amado sobre todo las causas vencidas, así es que en torno del príncipe Czartorisky se veía á los delegados de las escuelas polacas, que se distinguían por su *schapska*: los proscritos pagaban su tributo al que había escrito *La Nation en deuil*. Dirigióse la comitiva al cementerio de Picpus, sin que la lluvia torrencial que entonces caía aclarase gran cosa las filas de los asistentes; delante de la tumba no se pronunció ningún discurso, pues el difunto había pedido «que las preces de la Iglesia fuesen las únicas y las últimas palabras que junto á su sepulcro se pronunciaran;» pero lo que no se dijo públicamente estaba grabado en todas las memorias. Nadie, en efecto, podía pensar en el muerto sin recordar su amable trato, el entusiasmo vibrante de su pensamiento, el calor de su palabra; en sus escritos y en sus discursos la crítica habría fácilmente encontrado invectivas contradictorias, excesos en los elogios y en las censuras, pues aquella alma impetuosa, la menos calculadora del mundo, no siempre se había abstraído á las imprudencias de la sinceridad extremada; pero los defectos y hasta las variaciones quedaban eclipsados por una fuerte y armoniosa unidad que era como el sello superior de aquella vida admirable. Montalembert, al cumplir los diez y nueve años, había visto á la Igle-

sia de Francia tímida todavía por efecto del recuerdo de las antiguas persecuciones, no pensando en otro refugio que en el trono y menos atenta á propagar la fe que á hacerse perdonar los restos de su imperio; y su pasión, su pasión única, había sido sacarla de su servidumbre y á fuer de hidalgo habíase hecho su paladín y había sido en Francia el primero en repetir las palabras de San Pablo: *Civis romanus sum ego*. En esto atribaba la imperecedera originalidad de aquella gran existencia á la que Dios había puesto fin. En realidad de verdad, una ansiedad dolorosa había invadido el alma de Montalembert en los últimos años de su vida, por haber discernido ó creído discernir en una parte del clero y en el pontificado mismo tendencias hacia la teocracia, hacia la centralización absolutista; y como el escándalo le parecía menos aborrecible que el disimulo, no había ocultado sus alarmas. La misma víspera de su muerte, era objeto de todas las conversaciones una carta suya iracunda en la que se mofaba de las adulaciones, de los servilismos del nuevo ultramontanismo y proclamaba que ninguna veneración, ni siquiera la dedicada al jefe de la Iglesia, autorizaba las fórmulas ó las prácticas de la idolatría. Todos estos recuerdos, antiguos y recientes, se agitaban en los corazones, mientras la losa sepulcral caía sobre los restos de aquel «hijo de las Cruzadas» que había sido el primero, desde los tiempos de la Revolución, que se había atrevido á retar á «los hijos de Voltaire.» Y sin embargo, estos hijos de Voltaire no debían guardarle rencor, puesto que muchos de ellos, y no de los menos caracterizados, rodeaban su tumba. Los *católicos liberales* lloraron á Montalembert como jefe y como amigo: cuando Monseñor Dupanloup recibió en la *villa Grazioli* el telegrama fatal, el papel tembló durante largo rato en su mano; después, dirigióse el prelado á la capilla de las *Sacramentinas* á fin de calmar con una larga plegaria la turbación de su alma; en la casa de los jesuitas de la calle de Sevres orábase por el difunto y los sollozos interrumpieron el *De profundis*; y el padre Félix, desde el púlpito de Nuestra Señora, se hizo intérprete del agradecimiento de la Iglesia. El mismo Veillot, ese adversario apasionado, se acordó en presencia de la muerte de su antigua unión, poniendo una orla negra en el *Univers* y añadiendo á esta demostración externa su propio homenaje, mezcla de turbación y de esperanza, de reproche y de ternura. En tanto la última carta de Montalembert circulaba por Roma y había sido considerada por Pío IX como fruto de un orgullo rayano en rebeldía. Al tener noticia del gran duelo, las primeras palabras del papa fueron rigurosas hasta la dureza, y habiendo los amigos del difunto querido celebrar en Santa María *in Araceli* unos funerales en sufragio del alma del ilustre muerto, prohibió la ceremonia, ora porque temiese una manifestación poco conveniente, ora porque, por una de esas flaquezas de que no están exentos ni los mismos santos, conservara todavía en su alma algunos restos de irritación. Pero, en los siguientes días, Pío IX volvió á ser el noble pontífice de siempre y personalmente mandó decir en Santa María Transpontina una misa «en conmemoración de los servicios prestados á la Santa Sede por el conde de Montalembert (1).» misa que oyó desde una celda en-

rejada, rezando largo rato por aquel que fué en el siglo XIX uno de los servidores más magnánimos de su Iglesia y de su patria.

Mientras la gente se ocupaba de Montalembert, los consejeros del Padre Santo terminaban la contestación que había de darse al Sr. Daru, redactándola á su gusto, en un estado de espíritu más sereno que conturbado y convencidos de que más bien habrían de salvar dificultades que arrostrar peligros.

En primer término, los adversarios (¿podía en realidad emplearse esta palabra?) eran católicos, es decir, adversarios circunstanciales sobre los cuales se tendría siempre ventaja y que por sí mismos embotarían sus armas. Además, los ministros de Napoleón no sentaban todos del mismo modo. Emilio Ollivier se afirmaba cada vez más en su idea de abstención, y como era el hombre menos disimulado que darse pudiera, descubría espontáneamente sus pensamientos: un día los expuso delante de sus colegas de la Cámara, los Sres. Kolb-Bernard y Keller, y por este conducto la información llegó á Roma, en donde fué acogida con satisfacción suma. Quedaba, es cierto, el emperador, que podía reprimir ó acentuar las amonestaciones; pero lo que se conocía de su modo de pensar parecía tranquilizador, pues si bien reprochaba las doctrinas ultramontanas y el solo nombre del *Syllabus* le asustaba, había sufrido demasiados sinsabores con los asuntos romanos para querer imiscurirse nuevamente en ellos, así es que cuando le ponderaban las ventajas de la unión juzgaba muy prudente y muy oportuna una conducta que había de evitarle nuevos disgustos. Por otra parte, Emilio Ollivier, el principal consejero de esta política, era maestro en el arte de hacerse escuchar y con su elocuencia persuasiva, que ni adulaba ni ofendía, había sabido conquistar la inteligencia y el corazón de su soberano. A la opinión del ministro de Gracia y Justicia se juntaban otras muy propias para causar impresión. Por aquel entonces el Sr. Guizot fué recibido por el emperador, y habiendo recaído la conversación en los asuntos del concilio, el anciano hombre de Estado dijo con acento de autoridad á Napoleón: «Señor, hay dificultades que sólo existen porque se las acepta; no aceptéis, pues, esta.—Tenéis razón,» replicó el monarca.

La Curia romana tenía sobrada habilidad para explotar esta condición favorable. La respuesta se formuló el 19 en un despacho del cardenal Antonelli al nuncio, y en ella se reconocía el procedimiento habitual del secretario de Estado de Pío IX, á saber: una cortesía afectuosa, una dignidad sin artificio, una ligerísima altivez, una destreza maravillosa en disminuir las dificultades aparentando ignorarlas y un arte consumado en no conceder nada haciendo ver que nada se negaba. Comenzaba el despacho con una verdadera efusión de gratitud: el Sr. Daru había proclamado en nombre de su gobierno la voluntad de respetar y de hacer que se respetara la libertad del concilio, y el cardenal tomaba acta de la promesa, añadiendo que si bien jamás se había dudado de la voluntad de Francia, ¡cuál no había de ser el agradecimiento de la Santa Sede por aquella protección infatigable que duraba desde hacía veinte años! Después de haberse expresado en estos términos llegaba Antonelli al objeto de la petición, y en este punto su lenguaje revelaba gran sorpresa, pues

(1) *Journal de Rome*, 18 de marzo.

no comprendía, no le era dado comprender la impresión experimentada por el ministro del emperador. Seguía luego una relación grave, enérgica, en la que se resumían las máximas de la Iglesia: ésta había recibido de Dios la misión sublime de guiar á los hombres, ya individualmente, ya reunidos en sociedad, hacia un fin sobrenatural; de aquí se derivaban para ella el derecho y el deber de conocer de la moralidad y de la justicia de todos los actos, internos y externos, en sus relaciones con las leyes divinas, resultando de esto que el fallo de la Iglesia, al referirse directamente á la moralidad de todos los actos, se extendía indirectamente á estos actos mismos. En este sentido podía decirse que la autoridad del imperio dependía de la del sacerdocio, como las cosas humanas dependen de las divinas, las espirituales de las temporales: tal había sido, continuaba diciendo el cardenal, la tradición constante. Después de haber proclamado estos principios, apresurábase el autor del despacho á limitar la aplicación de los mismos y desautorizaba rotundamente toda intromisión directa del poder religioso en los asuntos políticos: «Estos, escribía el secretario de Estado, según el orden establecido por Dios y según la enseñanza de la misma Iglesia, son de la competencia de la autoridad temporal sin que dependan de ninguna otra autoridad.» Precisado de este modo el sentido del *esquema*, pasaba Antonelli á ocuparse de la doctrina de la infalibilidad y negaba que esta doctrina, aunque se erigiese en dogma, pudiera ser causa de debilitación para la autoridad episcopal, afirmando, por el contrario, que al robustecer la autoridad arriba se la consolidaría en todos los grados. Así hablaba el ministro del Padre Santo, el cual, después de haber expuesto de este modo las miras de la Iglesia, se abstenía de sacar de ello conclusiones, reconociéndose en esto una de las habilidades de Antonelli. La cortesía vedaba cerrar la puerta al representante de Francia; pero la prudencia impedía abrirla, y el cardenal, cuidadoso de evitar uno y otro peligro, no oponía á las peticiones del Sr. Daru una negativa rotunda, sino que decía que no dudaba, que no quería dudar de que el gobierno francés, una vez ilustrado sobre el particular, no insistiría más en su demanda. Y en este tono de tranquila seguridad terminaba el despacho.

La respuesta de Roma encontró en París al ministerio más dividido que nunca: Emilio Ollivier persistía en disuadir de toda intervención, y esta opinión, que se había hecho ya casi pública, no dejaba de conquistarle numerosas simpatías en el clero y entre los fieles. «Tiene un fondo muy religioso,» decía hablando de él Pío IX; y el excelente papa sólo una cosa le reprochaba, sus teorías sobre la separación de la Iglesia y del Estado; pero aun en esto cuidaba de añadir con indulgencia: «Son ilusiones de filósofo y de poeta que la práctica de los negocios no tardará en disipar (1).» El Sr. Daru estaba disgustado al ver que su colega no sólo no le apoyaba, sino que, por el contrario, se oponía á sus designios, cruzándose con este motivo entre la plaza de Vendome y el muelle de Orsay algunas cartas que, bajo una forma cortés, casi afectuosa, dejaban traslucir cierta irritación (2). Fuese cual fuere la dife-

(1) Véase Emilio Ollivier, *L'Église et l'État au Concile au Vatican*, tomo II, pág. 202.

(2) *Papiers de M. Daru*.

rencia entre la *tesis* y la *hipótesis*, el ministro de Negocios extranjeros no podía convencerse de que el concilio proclamara principios sin el propósito de procurar más ó menos tarde su aplicación, y presentía, en un porvenir más ó menos remoto, una lucha entre la sociedad religiosa y la sociedad laica. Dominado por este temor, afanábase por encontrar un medio, á la vez respetuoso y eficaz, de advertir y aun de detener, si era posible, á la Curia romana; y era menester, para no descorazonarse, que su convicción estuviese muy arraigada, ya que en sus perseverantes esfuerzos se exponía á que se juntaran contra él los librepensadores, que se burlarían de su intervención, y los católicos ultramontanos, que no estarían muy lejos de indignarse de ella.

El consejo de ministros volvió á deliberar y resolvió no insistir ni en el envío de un delegado extraordinario ni en la comunicación de los documentos; en cambio, respecto de las advertencias del conde Daru, decidióse que los propósitos del gobierno francés se consignaran en un *Memorándum* que sería una respuesta al último mensaje pontificio y se remitiría al Padre Santo, en su calidad de presidente del concilio. Este *Memorándum*, redactado en los primeros días de abril, reproducía con algunas variantes de forma los argumentos aducidos ya en el despacho de 20 de febrero: «Pedimos encarecidamente á la prudencia del Sumo Pontífice y de los Padres del concilio, escribía el Sr. Daru, que supriman del *schema de Ecclesia* todo lo que en el texto publicado y no desautorizado tendría, en nuestro concepto, las más graves consecuencias en el orden legal y en el orden social de todos los Estados de Europa... A menos de negar á las palabras su natural y verdadero sentido, es imposible substraerse al convencimiento de que ese *schema* tendría por fin y por objeto subordinar en todo el mundo la sociedad civil al imperio del clero.» No negaba el ministro de Negocios extranjeros que en ciertas épocas semejantes doctrinas hubiesen sido proclamadas por la Iglesia; pero «ningún pueblo, ningún príncipe las había aceptado, ni siquiera en los tiempos en que la religión católica imperaba en absoluto.» Las diferencias entre el rigor de las verdades abstractas y las tolerancias de la conducta práctica no bastaban á tranquilizar al ministro del emperador: «¿Cabe admitir que mañana, en todas las parroquias de Francia, se enseñe á los hombres que son libres de hacer lo que no son dueños de creer, que deben pensar de un modo y pueden obrar de otro? Esta distinción infingiría á las conciencias delicadas las más dolorosas torturas...» Obsérvese que en el *Memorándum* no se hablaba de la doctrina de la infalibilidad; en este silencio podía verse una concesión á Emilio Ollivier, el cual consideraba, no sin razón, que este debate era de la competencia de la teología pura. El Sr. Daru, obligado á emplear un lenguaje que no dejaría de disgustar, no omitía nada para mitigar el efecto de sus palabras y, sobre todo, rechazaba con la más delicada lealtad la idea de que la resistencia de la Curia romana pudiese apresurar la retirada del cuerpo de ocupación: «Presentamos observaciones, decía por aquel mismo tiempo el ministro á sus familiares; no formulamos intimaciones.»

El *Memorándum* fué comunicado á las potencias para que lo apoyasen: Austria, Prusia y Baviera se adherieron á él por escrito; España y Portugal por medio

de declaraciones verbales. El marqués de Banneville entregó en 14 de abril el documento al cardenal Antonelli y pocos días después fué recibido por el papa: la forma de la nota era tan reservada y la sinceridad del gobierno francés aparecía tan evidente, que un disgusto demasiado visible habría resultado inconveniente; por esto Pío IX acogió el mensaje sin irritación y al mensajero con mucha afabilidad, y aun se mostró pródigo en benévolas seguridades: «Tendré siempre muy en cuenta, dijo, las observaciones del emperador.» En cuanto al fondo, mantívose suavemente inflexible y dijo que no podía comunicar el documento al concilio y que no se lo comunicaría.

La inflexibilidad del Padre Santo no entrañaba peligro alguno, á lo menos por parte del gobierno imperial. En efecto, poco antes había llegado á Roma un telegrama de París concebido en estos términos: «Daru se retira; Ollivier le reemplaza; concilio libre.» La noticia era exacta; más adelante veremos las causas de aquella retirada. El Sr. Ollivier, que acababa de encargarse retinamente de la cartera de Negocios extranjeros, no veía con mejores ojos que el Sr. Daru las máximas contenidas en el *esquema*, pero consideraba, según hemos visto, más peligrosa la ingerencia que la abstención. Su política quedó formulada en un despacho dirigido en 12 de mayo al marqués de Banneville: «Hemos abandonado por un instante nuestra reserva, decía, para dar consejos y presentar observaciones, y el Padre Santo no ha creído deber escuchar los unos y aceptar las otras. En lo sucesivo no provocaréis ni aceptaréis ninguna conversación acerca de los asuntos del concilio con el Padre Santo ni con el cardenal Antonelli, y os limitaréis á informarnos, á tenernos al corriente de los hechos.» El Sr. de Banneville se ajustó fielmente á estas instrucciones. El 18 de mayo escribía: «Desde la entrega del *Memorándum* del 5 de abril, he tenido buen cuidado en abstenerme de todo paso que pudiera comprometer al gobierno del emperador ó mi propia responsabilidad. No he vuelto á ver al Padre Santo ni he sostenido con el cardenal Antonelli más que conversaciones académicas sobre la marcha del concilio.» Ningún consejo pudo conseguir que el gobierno se apartara de esta conducta, ni siquiera las sugestiones de Monseñor Darbois, quien aconsejaba que, como manifestación de descontento, se llamara momentáneamente á nuestro embajador, cosa que él calificaba de *retirada á la Moreau* (1).

V

La historia del concilio, que, una vez descartada toda ingerencia civil, había de ser únicamente del dominio de la historia eclesiástica, debía circunscribirse á la cuestión de la infalibilidad. Los jefes de la minoría hicieron inauditos esfuerzos y su táctica favorita consistió en acumular los aplazamientos, para de esta suerte llegar al verano y á la suspensión de las sesiones de la asamblea, con la esperanza de que al reanudar ésta sus tareas tal vez los acontecimientos políticos habrían desviado la atención del mundo hacia otros objetos. Pero

(1) Véase Emilio Ollivier, *L'Église et l'État au Concile au Vatican*, págs. 231-236.

la mayoría, que se percató de estos proyectos dilatorios, resolvió frustrarlos, pues consideraba, y de igual opinión era el papa, que el silencio del concilio, después de tantas y tan ardientes polémicas, dejaría en los ánimos la impresión de un resto de duda. «Discutiendo la oportunidad de la definición la han hecho necesaria,» decía el obispo de Angulema, Monseñor Cousseau (2). En un gran número de diócesis, aun de las que estaban regidas por obispos de la minoría, los sacerdotes dirigían mensajes al Padre Santo suplicando que la cuestión se resolviera pronto (3). El día 9 de mayo distribuyóse un nuevo *esquema* sobre la Iglesia, en el que se habían suprimido todas las proposiciones relativas á las relaciones entre la Iglesia y el Estado; esta modificación muy importante y muy oportuna pudo acaso ser una concesión al despacho francés de 20 de febrero y al *Memorándum* que después de éste se envió. En cambio, la infalibilidad del papa estaba definida en términos no equívocos, declarándose infalible al pontífice cuando, «en el ejercicio de su misión de doctor supremo de todos los cristianos, definía con su autoridad apostólica lo que había de ser tenido por artículo de fe por la Iglesia universal en las cosas de fe ó de costumbres.»

Los gobiernos se habían atenido á la abstención, y esta reserva no podía ser del gusto de los polemistas. En el momento en que iba á comenzar el gran debate, los adversarios de la infalibilidad se ingeniaron, ya á título de protesta, ya con cierta esperanza de éxito; para reproducir todos los argumentos formulados desde hacía un año. En Inglaterra, el ilustre Newman se apuraba por tener que defender decisiones ante las cuales su espíritu se inclinaba de antemano, pero que tal vez sería difícil hacer aceptar en todas partes (4); en Francia, el Padre Gratry terminaba la serie de sus cartas que dom Guéranger iba refutando una por una, y se publicó un folleto titulado *Lo que pasa en el concilio*, en el que se exponían interpretaciones infamatorias para la mayoría y para el mismo papa; y en el entretanto, en Alemania, y especialmente en Baviera, se había formado una asociación de sacerdotes y seglares para combatir la política ultramontana. El más absoluto en sus ideas era el Padre Doellinger, el cual, habiéndose encontrado por aquel entonces con nuestro embajador, se lamentó de que los gobiernos no hubieran adoptado una actitud más enérgica frente de la Curia romana. «Si se define la infalibilidad, ¿cuál será la conducta de los obispos alemanes?, preguntóle el diplomático.—¡Ah!, respondió el sacerdote, según todas las probabilidades, retrocederán ante las decisiones extremas; mas no por esto dejará de subsistir en muchos prelados y eclesiásticos un cisma latente, una protesta interior y permanente contra las doctrinas impuestas, lo cual constituirá una enfermedad de la Iglesia (5).»

En medio de todos estos rumores del exterior comenzaron los debates en 13 de mayo. Terminada la

(2) Baunard, *Vie du cardinal Pie*, tomo II, pág. 395.—*Correspondance du cardinal Pie et Mgr. Cousseau*, pág. 496.

(3) Véase Luis Veuillot, *Rome pendant le concile, passim*.—Véase también *Vie de Mgr. Dupont des Loges*, por el padre Klein, páginas 243-244.

(4) Carta al arzobispo de Birmingham. (Véase *Le Français* del 10 de abril de 1870.)

(5) Emilio Ollivier, *L'Église et l'État au concile du Vatican*, tomo II, págs. 267-268.